

Galerías de Barcelona Inauguraciones recientes

Las obras de Rosó Cusó y de Victòria Rabal dialogan en la galería N2

Judith Vizcarra reflexiona mediante fotografías sobre la condición femenina

JUAN BUFILL
Barcelona

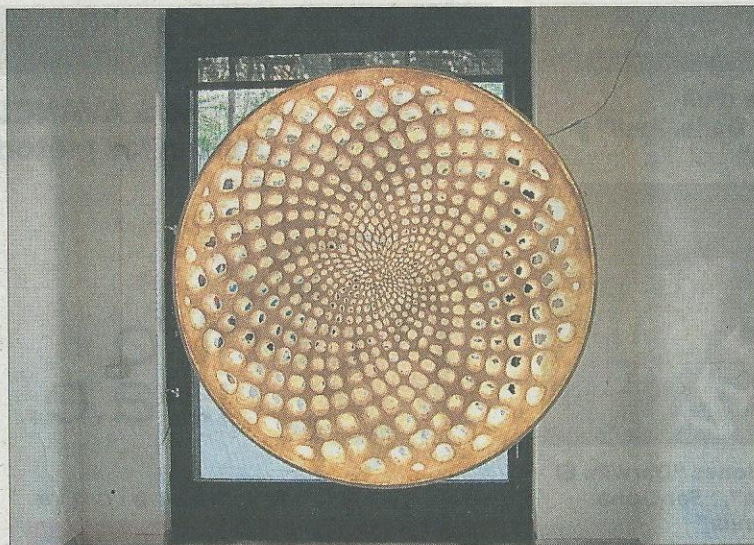
Existe una región del arte moderno y contemporáneo de la que no se suele hablar, una parte o un modo que no coincide con los que señalan y delimitan las etiquetas, casillas y categorías académicas históricamente aceptadas. Me refiero a esa parte no nombrada que podrían configurar toda una serie de obras que, para decirlo con términos empleados por Paul Klee en sus ensayos sobre arte, consideran a la forma como formación. Esta consideración y comprensión de la forma como resultado de un proceso se basa en la observación de las leyes naturales y de las pautas de la creación o recreación artística.

En esa región podríamos encontrar obras muy diversas, desde las pinturas y grabados de Klee hasta el cine experimental de Michael Snow, desde las pinturas de acción de Darío Urzay a las de Fernando Prats. En ella se podrían encontrar también las esculturas de Rosó Cusó –en papel o metal y luz– y los dibujos o pinturas sobre papel de Victòria Ra-

bal, que ahora expone y confronta la galería N2. El diálogo entre obras de dos artistas, que nunca es fácil, tiene pleno sentido y es un acierto en este caso.

Las tramas de Rabal son la huella material de un gesto y de un modo repetidos con variaciones, su extensión en el espacio como forma y suceso en el tiempo. Las formaciones se parecen a una red que tiende al infinito. En las esculturas de Cusó, por el contrario, la plenitud se expresa por la forma circular que concentra y delimita. Este ideal se enriquece con una geometría más compleja y también con su contrario: los huecos de la materia, de aspecto natural y accidental, que permiten que la luz los atraviese y así la hacen visible. N2 Galería. Enric Granados, 61. Hasta el 30 de mayo.

Judith Vizcarra. En un autorretrato en blanco y negro titulado *La cara* (2008), se distinguen claramente dos mitades. Una parece hermosa, la otra parece real. El medio rostro izquierdo tiene arrugas y poros oscuros, carece de maquillaje facial o digital, mientras que en la otra mitad la



Ordre i llum (oh Fibonacci!), de Rosó Cusó

piel parece tersa. En otra fotografía (*Tres dones*, 2007) aparecen tres cuerpos de mujer desnudos. Uno es joven y sensual, otro aparece envejecido y un tercero presenta un pecho amputado. Judith Vizcarra intenta reflexionar sobre la condición humana, particularmente de la mujer. A medida que uno va conociendo la obra –fuerte y desigual– de esta fotó-

grafa catalana, ciertos conceptos y categorías (belleza, verdad, realidad) parecen pedir un replanteamiento. También hay un verbo que parece principal en esta obra: desnudar.

Vizcarra quiere descubrir lo real, desnuda a las personas tanto si su aspecto es atractivo como si es inquietante. Se salta esos límites que señalaba Eugenio

Trías en su ensayo *Lo bello y lo siniestro*, y su obra se resiente cuando no mide el gesto y renuncia a esa forma de elegancia que es la sutileza. Cuando lo siniestro es representado con crudeza, el arte puede ceder y entonces predomina el carácter meramente documental. Se nos muestra la verdad corporal de la decrepitud, del dolor o de la amputación: lo demasiado real, incluso lo sórdido. Esta opción es válida cuando su sentido es la observación realista y no la obviedad o el efecto sensacionalista. Galería Alex Telese. Palla, 11. Hasta el 7 de junio.

Picasso. Veinte grabados de la célebre *Suite Vollard* reúne esta muestra de A/34. El conjunto es una demostración de virtuosismo. En esta serie Picasso demostraba además, con especial claridad, que estaba encantado de haberse conocido. En ella no se autorretrató como Narciso, pero sí como importante pintor laureado, como hombre intemporal ligado a la edad de oro de Grecia y sobre todo como macho semiental mediterráneo en forma de potente Minotauro. Todo ello era autopublicidad, además de arte. Para que luego digan de Dalí, Warhol y otros conspicuos autopublicistas, incluido el ególatra Beuys. En la *Suite Vollard* queda claro que Picasso se sentía cómodo en su papel de puente glorioso entre los clásicos y la modernidad. Más allá de los ejercicios neoclásicos o posmodernos, se expresó con gracia y a veces con lirismo en esta serie. A/34. Aribau, 34. Hasta final de mayo.●